

SEMBLANZA

José Ortega y Gasset: el deporte como metáfora.

Antonio Rivero Herraiz

José Ortega y Gasset (Madrid, 9/5/1883-18/10/1955)



José Ortega y Gasset 1914

fue el gran filósofo español del siglo XX y el arquetipo del intelectual de su época. Estudioso y conocedor de su tiempo, a Ortega le importaba sobre todo el hombre y “su circunstancia”, el hombre en convivencia, el hombre en relación con los otros y con lo que le rodea. Esta fue su gran preocupación como pensador y fue el eje sobre el que basculó su filosofía vitalista. Su interés por ese gran escenario que para

él era el mundo, le llevó a analizar en los editoriales del diario *El Sol* (1917-1920), que luego recopilaría en su obra *El Espectador*, la problemática del hombre de su tiempo, de los fenómenos culturales de la época y de la política española e internacional del primer tercio del siglo XX. Fue un tiempo en que a Ortega le preocupaba que la misma especialización científica, que nos había traído el progreso y los avances técnicos fuera, paradójicamente, un camino hacia la barbarie. Poco a poco se iba infravalorando la cultura integral y los saberes humanísticos del hombre de ciencia, algo con lo que no estaba de acuerdo.

Durante la segunda década del siglo XX, la sociedad española modernizaba sus costumbres y sus hábitos, junto a las novedades científicas y tecnológicas que influían en los cambios sociales, también llegaron y se desarrollaron nuevas modas y hábitos culturales importados, sobre todo del mundo anglosajón, que fueron calando en los gustos de las clases medias y populares de las grandes ciudades.

Una de estas costumbres importadas con mayor aceptación popular, fue el deporte. A pesar del ligero retraso con el que llegó a nuestro país, su desarrollo fue en aumento durante los años veinte, sobre todo el fútbol, el boxeo y el ciclismo que ya competían, en popularidad, con la tradicional pelota vasca y la castiza fiesta taurina. La aparición de los nuevos atuendos deportivos, de narraciones sobre partidos de balompié en diarios de información general, etc., llamó la atención de Ortega que analizó el hecho deportivo como fino observador. En un principio el Ortega filósofo entendió el empuje que guiaba al deportista como el de un deseo noble e imparable, luego tras seguir su evolución durante más de una década – fueron años de cambio y transformación del deporte- se refirió a éste y a lo que le rodeaba, como el asunto mundano en que se fue convirtiendo, reorientando sus reflexiones entre 1921 y 1934, año en que escribió sus últimas líneas sobre el tema que nos ocupa.

En 1921, Ortega entendía el espíritu deportivo como una metáfora del deseo humano. El deportista da lo mejor a cambio de nada, hace deporte por el placer de hacerlo, porque quiere, da su esfuerzo sin buscar recompensa material alguna. Para Ortega todos los avances de la humanidad se debían a lo que los hombres realizan con espíritu altruista, espontáneo y sin un utilitarismo inmediato o sea con una motivación semejante a la del espíritu deportivo. En contraposición, afirmaba que la necesidad y la obligación que tantas veces nos guía en el quehacer diario nunca hizo que el hombre consiguiera grandes logros. Ortega entendía el espíritu deportivo como paradigma del estado anímico con que el hombre crea, avanza y progresa.

(1) Foto Alfonso 1914, cedida por la Fundación José Ortega y Gasset a esta publicación.

En *El Espectador, Paisaje utilitario, paisaje deportivo*, escribía:

“Si entendemos por trabajo el esfuerzo que la necesidad impone y la utilidad regula, yo sostengo que cuanto vale algo sobre la tierra no es obra del trabajo. Al contrario, ha nacido como espontánea eflorescencia del esfuerzo superfluo y desinteresado en que toda naturaleza plétórica suele buscar esparcimiento. La cultura no es hija del trabajo, sino del deporte.

Bien sé que a la hora presente me hallo solo entre mis contemporáneos para afirmar que la forma superior de la existencia humana es el deporte. Algún día trataré de explicar por qué he llegado a esta convicción, mostrando cómo la marcha de la sociedad, junto con los nuevos descubrimientos de las ciencias, obligan a una reforma radical de las ideas en este punto y anuncian un viraje de la historia hacia un sentido deportivo y festival de la vida” (Ortega, vol. II, 1983, p. 302).

Posteriormente en 1925 en *La deshumanización del arte*, Ortega recurre de nuevo al deporte para explicar hacia donde tiende el arte y la Europa de los años veinte, una Europa que salía del horror de la I Guerra Mundial y buscaba nuevas experiencias y formas de vida. Eran los tiempos del deporte y del cine:

“El nuevo estilo, por el contrario, solicita, desde luego, ser aproximado al triunfo de los deportes y juegos. Son dos hechos hermanos, la misma oriundez. En pocos años hemos visto crecer la marea del deporte en las planas de los periódicos. [...] El culto al cuerpo es eternamente síntoma de inspiración pueril, porque sólo es bello y ágil en la mocedad, mientras el culto al espíritu indica voluntad de envejecimiento, porque sólo llega a plenitud cuando el cuerpo ha entrado en decadencia. El triunfo del deporte significa la victoria de los valores de juventud sobre los valores de senectud. Lo propio acontece con el cinematógrafo, que es por excelencia, arte corporal”(Ortega, vol. II, 1983, pp. 384-385).

En 1930 es cuando Ortega dio al deporte una mayor importancia en sus escritos y tituló *El origen deportivo del Estado* a uno de sus ensayos, algo muy significativo y que plasmaba la importancia que daba al deporte. En él vuelve a ensalzar como en *Paisaje utilitario, paisaje deportivo* al espíritu deportivo como un espíritu creador y protagonista, esta vez, de la creación de estructuras políticas comunes de las sociedades y en con-

creto de ser la semilla de esa gran conquista de la organización humana que es el Estado moderno. Así decía:

“Dejando a un lado las formas orgánicas y atendiendo sólo a las acciones, la vida plena nos aparece siempre como un esfuerzo, pero este esfuerzo es de dos clases: el esfuerzo que hacemos por la simple delectación de hacerlo, como dice Goethe: *Es el canto que canta la garganta, el paso más gentil para el que canta*; y el esfuerzo obligado a que una necesidad impuesta y no inventada o solicitada por nosotros nos apura y arrastra [...] Esto nos llevará a transmutar la invertebrada jerarquía y considerar la actividad deportiva como la primaria y creadora, como la más elevada, seria e importante de la vida, y la actividad laboriosa como derivada de aquella, como su mera decantación y precipitado. Es más, vida propiamente hablando es sólo la de cariz deportivo, lo otro es relativamente mecanización y mero funcionamiento” (Ortega, vol. II, 1983, pp. 609-610).

Ortega utilizando la Historia como hilo conductor, nos recuerda que las asociaciones de hombres jóvenes, como la *fratria* en Esparta, fueron las primeras sociedades humanas y continuó escribiendo:

“Recuérdese que la más exacta traducción del vocablo ascetismo es *ejercicio de entrenamiento* y los monjes no han hecho sino tomarlo del vocabulario deportivo usado por los atletas griegos. *Askesis* era el régimen de vida del atleta, llena de ejercicios y privaciones. De donde resulta que el casino de los jóvenes, primera casa y primer *club* placentero, es también el primer cuartel y el primer convento. [...] Veamos, pues que la primera sociedad humana, propiamente tal, es todo lo contrario que una reacción a necesidades impuestas. La primera sociedad es esta asociación de jóvenes para robar mujeres extrañas al grupo consanguíneo y dar cima a toda suerte de bárbaras hazañas. Más que a un Parlamento o Gobierno de severos magistrados, se parece a un Atlético Club. Dígame el lector si es tan excesivo como en un principio pudo parecerle proclamar el origen deportivo del Estado. [...] No ha sido el obrero, ni el intelectual, ni el sacerdote, propiamente dicho, ni el comerciante quien inicia el gran proceso político; ha sido la juventud, preocupada de feminidad y resuelta al combate; ha sido el amateur, el guerrero y el deportista”. (Ortega, vol. II, 1983, pp. 609-610)

A mediados de los años treinta (1934), el deporte tanto en España como en Europa y sobre todo en EE.UU era ya un auténtico fenómeno de masas. Ortega escribió sobre él en su ensayo *El revés del almanaque*. En un principio Ortega realzaba la importancia del rescate de lo corporal en el siglo XX, tras estar tanto tiempo escondido y silenciado. Sin embargo luego se mostró disconforme con la excesiva importancia que desde la prensa y en la juventud se le daba a los deportes y en especial al fútbol. Es lo que llamó la exageración deportiva.

“Durante tres siglos los pueblos continentales han hecho lo posible por suponer que el hombre no tiene cuerpo. [...] Fue un magnífico error que era preciso corregir. El siglo nuestro se resolvió a desenfundar el cuerpo y redescubrirlo. [...] Yo creo que esta reivindicación del cuerpo es una de las normas mejores de *nuestro tiempo*. De ella han venido los llamados deportes y no tengo nada que decir contra estos. Pero tras los deportes ha venido la exageración de los deportes, y contra ésta si hay mucho que decir. Es uno de los vicios, de las enormidades contra la norma de *nuestro tiempo*, es una de sus falsificaciones.

Está bien alguna dosis de fútbol. Pero ya tanto es intolerable. Y lo mismo digo de los demás deportes físicos. La prueba está en los periódicos [...] Son ya demasiadas las columnas y las páginas que dedican a los ejercicios corporales. Los muchachos no se ocupan con más fervor más que de su cuerpo y se están volviendo estúpidos.”

(Ortega, vol. II, 1983, pp. 730-731).

Como podemos ver el interés de Ortega por el deporte no fue una simple casualidad y al igual que Ramón y Cajal, Unamuno y otros intelectuales de la época sus reflexiones sobre él, fueron más que meras anécdotas. Tanto es así que también sus reflexiones sobre el deporte sirvieron para reforzar la teoría expuesta antes en su libro más universal *La rebelión de las masas* (1930) (Ortega y Gasset, 1980) observando como los

viejos hábitos y gustos del pueblo se escenificaban ahora en los estadios deportivos de las grandes ciudades, retomaba su tesis sobre influencia que las masas iban tomando en los órganos de toma de decisiones en el siglo XX. Evidentemente cuando el deporte se profesionalizó, convirtiéndose en una actividad económica como otras muchas y una manera más de ganarse la vida para algunos, le dejó de interesar y ya no escribió sobre él.

José Ortega y Gasset, catedrático de metafísica y fundador de la Revista de Occidente (1923), tras su adhesión a la República y pasados unos años fue perseguido por la izquierda y denostado por la derecha española. Salió de España enfermo y con su familia unos días antes del comienzo de la Guerra Civil. Francia, Países Bajos, Argentina y finalmente Portugal (Lisboa) fueron sus refugios. En 1945 pudo volver a España. Al no poder recuperar su Cátedra, fundó el Instituto de Humanidades. No dejó de viajar para dar conferencias por Europa y se trasladó a Alemania, donde había estudiado de joven y era un filósofo apreciado, allí encontró durante sus últimos años el reconocimiento que le negaban en casa. Finalmente volvió a Madrid para fallecer al poco tiempo.

Las reflexiones del gran maestro de la nueva filosofía española nos hubieran llevado a fortalecer nuestros argumentos para calificar y entender el deporte como un elemento cultural propio de las sociedades modernas, pero desde antes de la Guerra Civil hasta tiempos muy recientes, a muchas generaciones de estudiantes españoles se nos escondió a Ortega.

Referencias:

Ortega y Gasset, J. (1980). *La rebelión de las masas*, Madrid: Espasa Calpe.

Ortega y Gasset, J. (1983). *Obras completas, Vol. II*, Madrid: Alianza editorial.

Fundación José Ortega y Gasset. Madrid. (Fondo fotográfico).